

TÍTULO: UNA BRISA AUSTRAL

Verano de 1974, Punta Arenas

El verano en Punta Arenas tenía un encanto particular. Las largas tardes soleadas invitaban a pasear por la plaza principal, donde el aroma del mar proveniente del estrecho se mezclaba con el de las flores recién regadas. Hada, con su vibrante cabello largo y castaño, ojos negros y pecas que resaltaban en su piel, caminaba junto a su tía, la chaperona designada por su padre -el destacado director del Liceo de la ciudad- para vigilarla cuando se reunía con su joven novio.

Ramón, un joven alto con cabello desordenado, estudiante de historia en la Universidad de Concepción, era brillante, culto y de mente inquieta. Meses atrás un amigo en común los presentó mientras ambos patinaban en la pista de hielo. Ramón se enamoró de Hada al primer encuentro y, luego de conocer a sus padres y causar una muy buena impresión, obtuvo el permiso para ser su novio. Pero ahora, solo podía verla en los veranos pues debido a la inexistencia de universidades en la región todos los jóvenes se veían obligados a migrar temporalmente zonas más céntricas, para poder continuar sus estudios. En verano los jóvenes universitarios volvían a sus hogares, a visitar a sus familias, sus amigos y sus novias, con las cuales solo mantenían correspondencia durante el resto del año. Aquella tarde, como era su costumbre, Hada y Ramón se encontraron en la plaza, compartiendo sobre su vida en los meses que estuvieron separados, conversando música y libros, riendo nerviosamente, aunque siempre bajo la mirada vigilante de la chaperona.

Al despedirse, Hada lo observó alejarse hasta que entró en una casa cercana donde se veían otros jóvenes afuera, varios de ellos fumando. Intrigada, lo comentó con su chaperona, quien la tranquilizó diciendo que probablemente eran antiguos amigos a los que quería visitar.

Días después, se encontraban en el Gran Palace para disfrutar una película en la *vermouth*. Durante la caminata de vuelta a casa, Hada mencionó que su padre quería invitarlo a una pequeña reunión en su en la que estarían algunos de sus amigos cercanos.

- Sería una buena oportunidad para presentarte con los amigos de mi familia, ya que llevamos varios meses de noviazgo. Dijo ella sonriendo.

Ramón, con una expresión triste, explicó que prefería no ir porque entre los mejores amigos de su padre había un político local cuyas ideas no compartía y no quería ser descortés, si surgían temas controversiales.

- Tu padre es un hombre excepcionalmente sabio, respetuoso y tolerante. Estoy seguro de que entenderá.

Hada asintió, aunque no lo comprendió del todo. La política era un terreno desconocido para ella, criada bajo una educación tradicional, que se enfocaba en prepararla para ser una buena esposa y dueña de casa. Sabía, por la prensa, de los conflictos que habían acontecido en la capital el año anterior, y de las repercusiones que aún ocurrían, pero sus padres le explicaron que no había de que preocuparse, que estaban seguros y su vida seguiría igual. Y con eso le bastó.

Se despidieron entonces, como siempre, con un tímido beso en la mejilla.

Algunos días después, habían quedado de verse nuevamente. Irían por helados a *El Pingüino*, que tenía fama por sus exquisitos sabores artesanales. Sin embargo, Ramón no llegó. Preocupada, Hada insistió hasta que su tía la acompañó a buscarlo a su casa. La madre de Ramón, luciendo algo cabizbaja, le informó que él había salido de viaje y que no tenía certeza de cuando volvería.

Hada no supo más de él durante el resto del verano. La tristeza, la confusión y la preocupación la invadieron. Nunca tuvo una discusión o alguna señal que Ramón ya no la quería. Tampoco le habló de viajar. Sus padres, aunque muy extrañados, asumieron que se trataba de un rompimiento muy poco cortés y le bajaron el perfil aludiendo a su juventud y que pronto conocería a alguien más.

En marzo, Hada y su familia se mudaron a la ciudad de Quillota, en la V Región, pues ella ingresaba a estudiar Pedagogía en Valparaíso y para estar más cerca de ella, su padre solicitó su traslado como el nuevo director del liceo de este pintoresco pueblo. Su vida cambió radicalmente desde entonces, enfocada en sus estudios y haciendo nuevas amistades, pero el recuerdo de Ramón persistía.

Primavera de 2010, Quillota

Era una tarde tranquila en Quillota cuando el anciano padre de Hada recibió una carta. Sorprendido, la leyó y, luego de pensarlo por un momento, se apoyó en su bastón para caminar lentamente a la casa de su hija, construida junto a la suya, y con una sonrisa pícaro, se la entregó.

- Llegó esta carta. Parece que es para ti. Al menos en parte.

Nerviosa, pues sabía leer muy bien las expresiones de su padre, Hada abrió la carta. Era de Ramón y provenía desde Punta Arenas. En ella, comentaba que había leído casualmente un reportaje en *la Prensa Austral* sobre el padre de Hada, que hacía un homenaje a su trayectoria como director del Liceo de Punta Arenas. Recordándolo con cariño quiso enviarse el recorte del diario. La carta explicaba cómo había logrado averiguar su dirección a través del mismo liceo, donde le dieron el contacto de sus familiares que aún vivían en la ciudad. Al final de la carta, preguntaba, de manera muy sutil por Hada, enviándole afectuosos saludos.

Hada había seguido adelante con su vida. Al comenzar su práctica profesional en un colegio de Quillota, conoció a un joven que, para su sorpresa, al poco tiempo de noviazgo le pidió matrimonio formalmente a través de sus padres. Aunque ella no estaba segura, sus padres insistieron en que aceptara, pues ya estaba en una edad “apropiada”. Así, Hada se vió casada a los 24 años, aun sintiéndose una niña y sin estar plenamente consciente de lo que implicaba el matrimonio.

Con el tiempo, tuvo dos hijas e incluso y luego también tuvo nietos. Aunque nunca olvidó del todo a Ramón, se enfocó en su familia y en su trabajo como profesora, en una escuela de niños vulnerables, lo que ocupaba gran parte de su mente y su tiempo. Sin embargo y aunque puso todo de su parte, su matrimonio nunca fue realmente feliz. Con el tiempo sus hijas crecieron e hicieron sus propias vidas, y luego vino la jubilación, lo que dio pie a una etapa de profunda reflexión acerca de cómo debería vivir los años que le quedaban de vida. Producto de esto, y luego de más de 30 años de dudas y conformidad, Hada había encontrado recientemente el valor para separarse de quien fuera su esposo y padre de sus hijas. Al momento de recibir la carta, se encontraba en una etapa de *reconstrucción*, adaptándose a una nueva cotidianeidad, mas solitaria y llena de desafíos domésticos, pero disfrutando poder ser ella misma y tomar sus propias decisiones.

La carta de Ramón llegó entonces en este momento de redescubrimiento, trayendo de vuelta todos esos recuerdos de su lejana juventud, transportándola de vuelta a aquellos veranos en Punta Arenas, cuando la brisa de verano refrescaba el rostro, cuando el amor era equivalente de emoción, ilusión y dulzura. Las manos de Hada temblaban mientras la leía. Había un número de teléfono al final de la carta.

Esa noche no durmió. La carta y el número de teléfono ocupaban todos sus pensamientos.

Semanas después, el timbre de su casa sonó. Ramón, con sus cabellos ahora grises y una presencia serena, estaba allí, parado bajo el cálido sol de primavera de

Quillota, sonriente. A pesar de los años el abrazo que compartieron fue como si el tiempo no hubiera pasado. Las explicaciones no fueron una prioridad.

MIG-M